

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

## ¿LLEGÓ LA HORA?

(Tomen nota las señoras piadosas)

—¿Está doña Teresa?

—Sí, pasa—contestó la doncella que salió á abrir.

Y la chiquilla, una aprendiz pálida y ojerosa, entró con su enorme caja al brazo, en la que se leía: *Modas y Sombreros*.

—Espera un poco—le dijo la doncella, tomándole la caja.—Siéntate.

¿Qué agradable era estar en aquella antesala tan bien alfombradita, con pesados cortinajes en todas las puertas, con el buen olor que llegaba hasta allí de la cocina! Pues qué sería estar por adentro, en los gabinetes, en las salas, en cualquier parte de aquella habitación que debía ser tan hermosa?

Las manos cruzadas sobre las rodillas, la tristecilla faz de trece años activa y curiosa, la niña va comparando casa con casa, vida con vidas; y piensa en su madre inclinada á todas horas sobre la ingrata tarea de coser sacos, en la pobre guardilla, tras los sucios cristales de la ventana; piensa en su hermano, todo el día en el agua, ganando un mísero jornal en una tintorería; piensa en sí misma, en su vivir sin sosiego y sin esperanzas—¡tan pronto ya!—en sus risas sin alegría, en sus noches de vela en el taller, en su callejeo: continuo... ¿Porqué no había de haber nacido de otro modo? ¿Porqué no había de ser rica como las señoras que iban al taller á gastarse un dineral en sombreros? ¿Porqué no ser libre como ellas, libre como los pájaros, como el sol que entraba entonces sin anidada en aquel recibidor, iluminando las flores de la alfombra, acariciándolo todo con su luz?... En su casa ¡ni aún sol había!

Y al pensar así, hubiera querido llorar...

Salió doña Teresa y la niña se levantó.

—Mira—le dijo la señora, mostrándole un precioso sombrero negro, más bien una toca, elegante y sencilla, que llevaba en la mano—di á la maestra que me gusta mucho, pero que este pliegue lo quiero un poco más aquí, y este nudo... Ya iré yo misma por allí esta tarde, ya iré yo. Pero adviértele que para mañana sin falta lo necesito...

—A media mañana será ya—interrumpió la aprendiz.

—¿Y antes no?

—No lo puedo decir de seguro. Hay tanto que hacer... Puede que esta noche tengamos que estar hasta la una trabajando, y mañana otra vez.

—Bien, ya iré por allí. Me corre prisa... ¡Carmen!—gritó dirigiéndose hacia una puerta—saque usted esa caja...

Y luego volviéndose hacia la niña:

—Toma—le dijo, dándole dos reales—para ti, y tráemelo mañana sin falta, y pronto. ¡Qué! ¿Lloras?

—No señora—respondió la niña, conteniendo las lágrimas que ante su vivir sin descanso querían brotar;—es que tengo hoy muy pesada la cabeza.

Y se fué.

Y al poco rato doña Teresa marchó también. Iba al Pilar. A las once y media le tocaba hacer la vela á la Virgen.

De rodillas en su reclinatorio; ante la Santa Imagen, doña Teresa se consideraba la mujer más feliz de la tierra.

Sus devosiones, su marido y su hijo: eso era todo. Y luego, sus visitas, sus amigas y alguna Junta de Caridad...

—*Infinitas gracias os damos, Soberana Princesa...*

Y su cabeza, una cabeza de exquisita distinción aristocrática, se inclinaba bajo la rica mantilla, se doblaba reverentemente sobre el pecho en que lucía la cinta morada y blanca de la Corte.

—*Dios te salve, Reina...*

Insensiblemente, traídoramente, su imaginación comenzó á enseñarle un ensueño de castor y de cintas, un tocado, un sombrero ¡qué sombrero!... Mañana lo tendría, lo tendría para ir después de misa... porque mañana es domingo—pensó, casi dudándolo—sí, domingo...

Y sin darse ella cuenta, su pensamiento le puso delante á la triste muchachilla del taller de Modas, el contraste de su vestir pobre al lado de aquellas visiones de lujo deslumbrante que brotaban continuamente del fondo de su caja... Luego, su andar siempre, el trabajo en domingo, el trabajo de tantas mujeres en el día del Señor ¡y todo por ella y por tantas como ella!

—¡Oh, Dios mío!—suspiró la dama, arrebatada con impulso súbito por aquella inesperada corriente de re-

mordimientos, mientras que una vocicilla, débil ya y grotesca—la voz de la preocupación mundana—le gritaba desde el fondo del alma:

—No hagas caso. ¿Cómo vas á ir mañana sin ese sombrero?

Mas ella apenas la oía. Tal vez era el sitio, tal vez era la Virgen que la miraba, sus oídos se abrían hacia otra voz más dulce—la voz del deber—que le decía:

—Eso se acabó.

Si que se acabaría. Ella lo prometía á la Virgen del Pilar. En adelante no darían sus caprichos que hacer á nadie en domingo... ¡Qué penal Zapateros, modistas, sombrereras, cuántos cristianos sin santificar por ella los días de fiesta. Y todo para qué? ¡Ay! Si se tomase uno cualquiera de sus trajes y se torciese, se verían brotar de él las lágrimas y la sangre de los pobres, de las criaturas de Dios... ¿Merecía estar en aquel sitio? ¿Era digna de alabar á la Virgen?

Y su vida, llena de frivolidades, de alegrías, de devociones cómodas, de horas sin cuidados, se ofrecía á sus ojos trémulos por la vergüenza.

Y la Virgen Santísima del Pilar, compadecida de ella, como premiando aquella íntima confesión de una vida llena de injusticias burguesas y de días vacíos, le ofrecía desde el bendito Pilar una enseña; á que agarrarse en su ruina moral, le mostraba la cinta morada y blanca en que al fin se posó la mirada llorosa de la dama.

—¡La Corte de Honor!—pensó—¡la Corte! Desde su fundación estoy en ella, cuatro años hace que vengo todos los meses á ocupar mi puesto ante la Virgen del Pilar... ¿Lo he merecido? ¿Seré digna de seguir mereciéndolo?... Hay que mostrarlo con obras....

Y ocultando el rostro entre las manos, dejó espiciarse sin límites sus anhelos de reparación y de fe viva.

—Trabajar yo en mi esfera... ¿Y por qué no todas unidas? ¿No pertenecemos á la Corte una indinidad de mujeres de Zaragoza?... A estas horas nuestra ciudad debía estar renovada, nuestro esfuerzo femenino debía haber traído un poquito del reino de Dios... ¡Venga á nos el tu reino! Y no santificamos ni dejamos que nuestro prójimo sintiera que los



días de fiesta, y compramos en tiendas en cuyos mostradores se ven periódicos impíos, y que se anuncian en ellos y no usamos de nuestra influencia para que los niños no sean explotados en fábricas y talleres, y concedemos beligerancia á infinitos matices del mal.... ¡Sila Corte quisiera! ¡Qué esfera de acción! ¡Qué abundancia de frutos!.... Cuatro años de sólo oración ¿serán ya bastante? ¿No es aún llegado el tiempo de enlazar el apostolado de las obras con la plegaria ante el Pilar?....

Doña Teresa sintió que la tocaban suavemente en un hombro.

¡Cómo! ¿Ya se había pasado la media hora?... Y sin rezar...., sin hacer nada...., distraída todo ese tiempo....

Se levantó del reclinatorio, se arrodilló en el suelo y le pareció que la Virgen le decía:

—No has perdido este rato....

Al salir doña Teresa de la casa de su modista de sombreros—á donde fué para decir que hasta el lunes no quería el suyo—oyó que la llamaban.

—A Dios, doña Teresa....

—A Dios, María. ¡Qué casualidad, hijos! Hoy ó mañana pensaba ir á verte para tratar de algo que se relaciona con la Corte de Honor, ya que tú eres de la Junta.

—Pues cuando usted quiera.

—Y ante todo ¿cuántas pertenecemos á la Corte?

—Más de seis mil.

—¿Seis mil mujeres?... ¿Seis mil mujeres?—exclamó doña Teresa, llena de entusiasmo;—yo creía que estábamos menos.... ¡Seis mil mujeres!

—Y bien....—preguntó María no acertando á comprender.

—Pues que he pensado esto....

J. LE BRUN.

EPÍGRAMA

—¿Qué contemplas, mujer bella?  
 ¿La grandeza de ese mar?  
 ¿El puro azul de ese cielo?  
 ¿De esas aves el volar?  
 ¿Admiras cómo se oculta  
 el sol tras de aquel pinar?  
 —Oiga, no me de la lata,  
 vaya á la iglesia á rezar,  
 que yo miro á ver si viene  
 mi marido de pescar.

SALVAJES Y CIVILIZADOS

Nos contaba un misionero los trabajos que son necesarios para transformar los indios salvajes en hombres civilizados. Qué de supersticiones, que de prevenciones es necesario desvanecer para conseguir que acepten las ventajas de la civilización.

Había vivido diez y seis años entre los indios. Cuando fué allá por primera vez ni encontró pueblos, ni cosa que se le parecieran. Andaban los indios como las vacadas ó yegudas por los montes, de aquí para allí en bandadas buscando algo que comer, pescando en los ríos, cuando en los bosques, y cogiendo los frutos que naturalmente producen los árboles, arbustos, y demás plantas de aquel país. El día que encontraban mucho se daban una panzada á peligro de reventar, y en cambio ayunaban muy á disgusto suyo, cuando la caza no servía á tiro, y los peces esquivaban el anzuelo. Eso de guardar algo de un día para otro era entre ellos cosa inaudita. Dichos está que el día que no tenían que comer, rababan y se desesperaban, pero no por ese caían en la cuenta de que les era necesario mirar para adelante y contentarse con vivir al día.

La idea que les indicó el misionero de hacer casas y de vivir bajo techo les horrorizaba hasta ponerles los pelos de punta, si se caen, decían muy espantados, nos aplastan á todos delajo.

Con salidas como ésta contestaban á cuanto les proponía el misionero, pues en todo veían peligro, todo se les convertía en temores y sospechas.

Pero lo que les aterraba más que nada, y les hacía perder el seso era el papel, lo escrito. Ahí sí que veían ellos misterios y fantasmas! Saber que su nombre estaba escrito en un papel lo consideraban ellos como la mayor calamidad, temblaban ante esa idea, y puestos en la alternativa ó de morirse de hambre ó de dar sus nombres para que los apuntasen en una lista, escogían á ojos cerrados la muerte.

Vaya V. á saber lo que ellos se imaginaban del dichoso papel, y de las dichas listas!

Es el caso que el misionero necesitaba listas para saber la gente que había y ver de buscar los medios de alimentarlos, para calcular las sementeras, las casas que convendría edificar, y hacer traer herramientas y materiales, pero imposible: apenas sospechaban los indios que se trataba de hacer listas, ¡pies para que os quiero! se escapaban al monte y dejaban al pobre misionero con lapiz y papel en mano. Pasarían hambre, les consumiría le miseria, pero en cambio sus nombres no figuraban en ninguna lista, ni estaban escritos en ningún papel!

Decid á los civilizados que imiten á los indios y vivan á la intemperie recibiendo la lluvia y abrasándose de calor y os responderán que ellos no tienen miedo de que se les caiga la casa encima, lejos de eso la aspiración más acariciada de todo hombre es llegar á poseer casa propia. A satisfacer esa aspiración vienen las sociedades que construyen casas

para obreros, facilitando el modo de adquirir las á plazo mas ó menos largo con solo pagar un tanto sobre el alquiler ordinario.

Aconsejad á los civilizados que no piensen en el día de mañana, ni se preocupen de lo que pueda venir, sino que se contenten con hartarse un día para estar ocho sin comer, y se reirán de vosotros dudando, y con razón, si os habreis escapado de algun manicomio. A todo trance hay que asegurar el mañana, y á eso tienden las sociedades católico-obreras con sus cajas de ahorros, cajas de socorros mútuos para caso de enfermedad, de falta de trabajo, de accidentes del trabajo, y para pensiones en la vejez.

El terror de los indios al papel y á formar listas no cabe en ninguna cabeza civilizada. ¿Qué hace la Bolsa del Trabajo establecida ya en España en varios puntos, y divulgada en el extranjero hasta los últimos rincones? Toma nota de los obreros que hay sin trabajo y procura buscarlos. Si no es posible hallarlo en la misma población acude á otras, poniendo en juego todos los medios necesarios para que el obrero tenga en donde ganar el jornal con que sustentarse y sustentar su familia. Figuraos que en la Bolsa del Trabajo aparecieran un día listas inmensas de obreros sin trabajo de modo que fuera imposible hallarles colocación; pues inmediatamente se interesarían las autoridades, y las personas pudientes, y tomarían cartas en el asunto acudiendo á un empréstito popular ó á cualquier sacrificio con el objeto de remediar esa calamidad pública.

Los pobres indios que tienen tanto miedo al papel preferirían morir de hambre!

Qué diferencia entre salvajes civilizados!

C.

AL PUEBLO

XI

Los periódicos

Hemos hablado de los políticos que te engañan con sus promesas, y te arruinan con sus disposiciones y desaciertos; hemos recordado los escritores que con su pluma y adulando siempre tus instintos, por bajos que sean, te hacen un daño incalculable; hemos habido un poco también de esos de tu misma clase y condición que con aparatosos discursos y argumentos peregrinos te explotan de la manera más inicua que darse puede; hoy vamos á parfear un poco, valga la frase, acerca de ese gran poder que te tiene poco menos que sugestionado; por el que piensas; por el que obras... la Prensa, el periódico.

No discuto que con el sistema de vida que actualmente se sigue, el periódico sea una necesidad.

Yo te veo por las mañanas y por las tardes y por las noches comprar afanoso esa hoja mágica que lees con no menos afán, buscando en ella... tú sabrás qué, y primero ha de faltarte el dinero para cosas más necesarias que para el periódico.



Con él, á fuerza de leerlo, llegas á familiarizarte é identificarte de tal modo, que si él es bueno tu serás bueno y si él es malo a ti no tendrá tampoco el diablo por dónde desecharte.

Por estas razones te encargo mucho cuides bien de los periódicos que eliges, de los que se leen en tu casa, ¿son ellos los que tienen por norma la difusión de las buenas ideas, ideas de religiosidad, de amor al trabajo, de orden etc etc?, ¿compralos entonces, ayuda con tu dinero, en lo que puedas á su propagación, recomienda su lectura entre tus amigos y conocidos; haces una buena obra; una excelente obra ante la sociedad y ante Dios.

Por el contrario, las ideas que propaga el periódico ¿son malas, son perversas, son engendradoras de enemistades, de odios, de disolución; de irreligiosidad? no lo compres nunca no compres de ningún modo á su difusión; cometerías un crimen, una terrible inconsecuencia: la del henrado apoyando al criminal.

Si, ya se que no necesito hacer mucho hicapié en estas cosas; tu corazón lleno de buenos sentimientos, tu corazón cristiano las advierte desde luego, pero es el caso que en esto de elección de periódicos no sueles andar muy acertado y la prueba se ve clara cuando compras «La Correspondencia de España» «El Imparcial» «Heraldo» «Diario Universal» «El País» «El Liberal» «El Globo», y tantos otros diarios y semanarios que son, con respecto á ideas é información, ya que dices los temas por las noticias, lo que vas á ver, dicho por ellos mismos:

«La misma génesis siguen en la Prensa cuantos sucesos encierran algún interés político. El reporter telegrafía más ó menos extensamente la noticia, en la redacción la abulta el comentario, se agiganta al ir de boca en boca, de oído en boca, realizada por esa sugestión que en el público ejerce todo impreso; y al contemplar después el escritor su propia obra, suele las más de las veces, abandonarla, asustado de la magnitud que logró su capricho ó su necesidad de explotar periódicamente la insignificancia del día.

Todo eso (la información) sería inocente si no hinchásemos y diésemos aparato de verosimilitud los periódicos que contribuimos á hacer y deshacer la Historia, á escribirla por la influencia nociva que en nosotros todos tienen los famosos Centros políticos en que nunca se supo nada de lo que en realidad pasa y donde, sin embargo, se suele buscar siempre el manantial de las noticias.

Está tan arraigada en nuestras costumbres la institución del *mentidero* de gaceta y crónicas vivientes, de las murmuraciones y chismes, que el reporter más avisado le sorprendería mucho que se le probase cuán astimosamente pierde el tiempo buscando hechos donde no hay más que fantasías....»

Pero aun hay algo más fuerte que lo que dicho queda.

La *Correspondencia*, que suele tener momentos de lucidez, encarándose con los demás compañeros de perniciosa propaganda les dice:

«¿Quién sino nosotros los Rotativos, con instruciones ó sin ellas, tiene la culpa de que perdure en España la barbarie de esas luchas de fieras, fomentadas por largas columnas de prosa periódica y por sendas informaciones gráficas en las cuales aparecen, cual si fuesen los héroes del día, los toreros retratados en la calle, en la mesa, en el tocador, en la cama, vestidos y medio desnudos, con el traje de luces y con la ropa de chulo?»

¿Quién sino la prensa (nuestra prensa) fo-

menta todo lo insano narrando en forma ya abolida en Europa, todas las lacerías del crimen y de vicio y cuantas minucias, pueden excitar la sensiblería de la ignorancia?

El día en que el periódico consagre tan sólo dos líneas de información á torerías, chulaperías, crímenes, suicidios.... comenzará la Prensa á ser iracunda de esos males que se deploran; pero hasta entonces mientras la corrida de toros, el crimen, el chismorreo, lo callejero, llenen sus columnas, no tenemos derecho ninguno á discutir al prójimo inocente las culpas que solamente á nosotros deben ser anotadas en cuenta.

Pidamos gobernantes, clamemos contra el actual embrutecimiento social; pero demos el ejemplo y no sigamos embruteciendo al pueblo con prosa halagadora de todo cuanto place á las muchedumbres, poseedoras del perro chico.»

Más claro no te pueden hablar esos mismos periódicos liberales á los que estimulas y apoyas por el camino del mal con tu *perro chico*.

Ellos mismos parecen decirte: «estamos obrando muy mal, pero es por que así tu lo quieres, porque así tu lo quieres; si nos volvieres la espalda cuando nos apartamos del camino del deber, forzosamente tendríamos que volver á él ó desaparecer.»

¿Por qué, pueblo amado, por qué haces estas cosas que además de ser malas en sí van contra tus mismos intereses? ¿á quién sino á esa prensa venal que en su sed de dinero todo lo emprende, todo lo acomete, con todo comercio, debes tus mayores desastres, y la patria muchas de sus pérdidas.

¡Cesa ya de protegerla, obligala á ser buena ó á desaparecer, sacrifica tu curiosidad de saber cuando, como pago de ella, se te proporcionan daños incalculables.

Cesa ya de protegerla y verás desaparecer esas empresas especuladoras, tiránicas, en las que las subvenciones inclinan la balanza del lado que convenga, convirtiendo á muchas incapacidades en ilustres estadistas, en glorias nacionales, en eminentes literatos...

Cesa de proteger á esa prensa infame que inicia campañas vergonzosas de descrédito, y ruina contra respetabilísimas personas, sin volver luego por la honra que quitó.

No vuelvas á dar tu dinero para fomentar esas hojas inmundas que especulan con los peores instintos de la naturaleza humana, buscando el aumento de su tirada en la ponografía más ó menos velada, en los más groseros insultos á la santidad de la Iglesia Católica y aún al mismo Dios.

No te dejes tampoco engañar por esos otros periódicos ambidiestros, hipócritas, que calificándose á sí mismos de celosos defensores del bien, colman de elogios y dedican artículos encomiásticos á los propagadores del mal y á las obras que estos ejecutan.

No, no cooperes directa ni indirectamente á la propagación de esa prensa que más atiende al negocio del dinero que al bien de las almas y de los pueblos.

El deber de pueblo honrado, de pueblo católico, te lo exige y hasta el instinto de tu propia conservación.

Un ruego

La mayor parte de los lectores de la prensa liberal ó sectaria aducen en favor de su reprehensible conducta, que la leen por costumbre.... por lo de la información.... por que si se les ve con un periódico francamente católico en las manos *qué dirán los amigos, los que miran.*

A vosotras, piadosas lectoras, madres, es-

posas, hermanas, quienes quiera que seáis y que tengais algun ascendiente sobre vuestros hijos, vuestros esposos, vuestros hermanos, hacedlos desistir con esos mil recursos que sabeis usar cuando pretendéis conseguir una cosa. Hacedlos desistir de su apoyo á esos periódicos nefandos. La sociedad os lo agradecerá por lo que contribuis á su verdadera regeneración y Dios ya os lo pagará cumplidamente.

Perfecto Amigo.

## CHARLA

—Vienen ustedes trabajando sin cesar por el perfeccionamiento del obrero, porque éste sea bueno, aplicado, y demás, pero ¿no les parece á ustedes que si el patrono fuera como debiera ser habría mucho adelantado para eso que ustedes pretenden? porque es el caso que de bien poco le sirve á uno ser bueno, aplicado y demás, si despues el amo con sus injusticias, con su protección escandalosa al mal obrero lo echa todo á perder.

—Tienes muchísima razón. Lo que dices es la pura verdad. ¿Quién que vea claramente la realidad de las cosas habría de negártela? Pero debo advertirte que porque otro sea malo en este ó en el otro sentido no justifica ni excusa siquiera el que tú dejes de ser bueno. Dios nos ha traído al mundo para cumplir sus santas leyes, para salvarnos y quien le desobedezca se condenará. La excusa de «fui malo porque otros lo eran» es risible y tonta. Tú cumple como cristiano, ese es tu deber y no olvidés que el mundo siempre, siempre será lugar de pruebas, de dolores, de lágrimas, de injusticias. Que el bueno en él será vejado, perseguido, insultado, como lo fué el Divino Maestro, Quien nos demostró palpablemente que todo es poco en comparación del premio que espera al que perseverare fiel hasta el fin. Esta es la verdad y no otra, que creas que no creas.

—Si, pero no todos tienen tanta virtud para...

—Perseverar hasta el fin, es cierto, y de ello tiene gran culpa quien pone en el trance de perderla; por esto mismo la responsabilidad de los patronos, de los adinerados es grandísima ante Dios y ante la sociedad. Un buen obrero podrá ó no podrá hacer entre sus compañeros buenos obreros, pero un buen patrono SI PUEDE hacer á muchísimos obreros buenos y laboriosos.

—¡Eso, eso!

—En España tenemos entre otros al Marqués de Comillas que es un excelente patrono, un buen padre para sus obreros y la prueba está en que estos todos, absolutamente todos estan contentísimos con él y no quieren ni oír la palabra de socialismo, y otras monsergas por el estilo. Solo á uno le oí *trinar* contra el marqués de Comillas, pero se compren-



de, fué despedido porque no se enmendaba del feo vicio de la borrachera y del aun mas repugnante de la blasfemia.

—¡Bien despedido! Uno malo en un taller es como una manzana podrida en un cesto, si se la deja echa luego á perder las demás.

—Me gusta que discurras tan cuerdamente. Tenemos tambien á Mr. Leon Harmel de fama universal por ser acabado modelo de patronos católicos. Su fábrica de Balde Bois está puesta bajo la protección de «Notre Dame des usines» Publica un Boletín que recoge los ecos de la vida obrera en su establecimiento. De este señor ya creo haberte hablado en uno de mis artículos «Al Pueblo».

—Lo recuerdo perfectamente. Leo siempre «El Amigo del Pobre».

—Pues bien, oye ahora, ó mejor oigan ahora los patronos algunas de sus consideraciones publicadas en la importante revista madrileña. «La Paz Social».

«Los jefes de industrias tienen una gran responsabilidad ante la sociedad y ante las familias obreras.

El industrialismo sin fe ha producido el pauperismo; esa enfermedad propia de las sociedades modernas que juntan la miseria material con la abyección moral.

El patrón debe tener presente que Dios le pedirá cuenta un día de las almas que le ha confiado. El tiene una especie de cura de almas en la medida de su poder.

La sociedad reclama tambien, por su parte, de los industriales el cumplimiento de ciertos deberes para con sus obreros. No puede la sociedad dejar de interesarse por una cuestión que pone en juego su existencia misma, y cuya solución es imposible sin el concurso del patrono.

Por último, la familia del obrero tiene derecho á una vida humana conquistada por el trabajo de su jefe, al honor de sus miembros garantizados contra la tiranía del medio, y, finalmente, á las alegrías del hogar que son el fruto del amor mútuo, del respeto de los hijos y del descanso en común.

El abandono en cuanto á los deberes del patronado es hoy, por decirlo así, universal. Parece haberse olvidado que toda autoridad que se ejerce sobre un hombre lleva consigo deberes de justicia y de caridad para con ese hombre. Se ven patronos perfectamente cristianos que no creen tener que cuidar de las almas de sus obreros.

Uno de ellos, á quien se hablaba de establecer obras católicas en su fábrica, respondía:—Eso es imposible, yo no estoy jamás en mi fábrica y tengo en ella un director que es opuesto á las ideas religiosas.

—Cambie V. de director.

—Pero ¿Cómo se hará entonces mi fabricación?

¡Y esta respuesta sin replica dispensa al patrono de sus deberes más sagrados!

Con frecuencia ese hombre con quien el patrono se siente tan ligado hace mediocrementé su servicio; en todo caso, ¿es imposible por ventura buscar un empleado cristiano? Pero no se quiere hacer nada, y ese es el principal obstáculo.

En una familia, suele glorificarse al padre por las virtudes de sus hijos como también se hace llegar hasta él la vergüenza de sus vicios. Así en la gran familia social todos los desórdenes provienen de que la autoridad patronal ha abandonado su misión; y circunscribiendo la cuestión á las multitudes de la fábrica, de quien especialmente tratamos, sus vicios vienen principalmente de que los patronos han desatendido sus deberes, unas veces por egoísmo y otras por aplicar las falsas doctrinas que la Revolución nos legó.

La Economía política basada sobre el interés ha engendrado el egoísmo más profundo; la oferta y la demanda han venido á ser la única regla de las convenciones entre el dueño y el obrero. Para cumplir sus deberes de paternidad social es preciso que el patrón vuelva de nuevo á la Economía cristiana en la cual la justicia tiene á la caridad por compañera inseparable. El principio social cristiano: «Ama á tu prójimo como á ti mismo», impone deberes de caridad que no son menos rigurosos que los de la justicia.

Algunos creen eludir su responsabilidad alegando las exigencias de los obreros. «Han llegado á ser ellos los amos—dicen—y toda acción directa haría la fábrica impopular ó á lo menos alejaría á los obreros».

Es indudable que en una fábrica, donde el vicio domina, como sucede con demasiada frecuencia, no puede el patrón transformar en unos días su taller. Pero afirmamos que, sin cambiar su personal (salvo los agitadores que hay que suprimir lo antes posible) y con contramastres apropiados para secundar su acción, llegará al fin que se propone, si quiere usar de paciencia, de dulzura, de perseverancia y sobre todo si va guiado por el amor de Dios y por una justa idea de su inmensa responsabilidad.

—Como el caso es importantísimo y lo dicho por Mr. Leon Harmel es un poco extenso seguiré en números, sucesivos de «El Amigo del Pobre» copiando párrafos.

—Sí, sí; no lo deje de mano, si quiera por nosotros.

—Y por ellos, á todos conviene.

## EL MONTE DE PIEDAD y su CAJA DE AHORROS.

Los señores que forman la Junta de Gobierno del «Monte de Piedad» en esta villa han tenido con nosotros la atención que les agradecemos de remitirnos una circular en la que solicitan nuestro hábil concurso en pro de dicha importantísima y benéfica Institución, que tantos beneficios viene reportando y los que reportará aquí, y en cuantos sitios esté establecida; como que el Monte de Piedad es el paño de la grimas del necesitado.

Y nosotros que todos nuestros medios y facultades, bien pobres por desgracia, ponemos en remediar las necesidades espirituales como temporales del prójimo amigo ó enemigo, ¿habíamos de negarnos á ese piadoso y laudable deseo de los mencionados señores? ¡No! Sepan ellos que para estas cosas nos tienen siempre incondicionalmente á su disposición y Dios quiera que podamos serles útiles en algo.

A fin de que algunos de nuestros lectores que se hallen en apremiante situación conozcan lo que es y vale, como obra cristiana al fin, el Monte de Piedad, vamos á reproducir algunos de los párrafos de la circular de referencia.

1.<sup>a</sup> *Monte de Piedad*. Tiene por objeto facilitar préstamos á los necesitados sobre ropas, alhajas y otros efectos, á un interés del seis por ciento al año, á fin de combatir y evitar la usura, que despiadadamente explota á los infelices que caen en sus manos. Este Establecimiento remedia al indigente en sus apuros, entregándole una cantidad sobre las prendas que empeña. Además, si por desgracia no pudiera rescatar dichas prendas a su tiempo se le renueva la pignoración con sólo abonar los intereses, y si ni aún eso le fuera posible, entonces el *Monte de Piedad* se encarga de subastarlas y de poner luego á disposición de sus dueños el sobrante, ó sea exceso que á su favor haya resultado en la subasta.

Cantidad prestada desde su fundación 1.<sup>o</sup> de junio de 1905, fiesta de la Asunción, hasta el 31 de Mayo último: Ptas 850.402'65

2.<sup>a</sup> *La Caja de Ahorros del Monte de Piedad*. Sus fines son: primero, fomentar la virtud del ahorro, que contrarresta al vicio, porque nombre económico y nombre vicioso son términos incompatibles, y segundo, sostener el *Monte de Piedad*, que si presta dinero al necesitado es porque la *Caja de Ahorros* se lo suministra, y si no se lo suministrase, sucumbiría. La *Caja de Ahorros del Monte de Piedad* abona el tres por ciento á las imposiciones reembolsables á la vista, el tres y medio á las reembolsables á seis meses y el cuatro á las reembolsables á un año. Las utilidades que resulten en la colocación de estos fondos, después de cubrir los gastos del *Monte de Piedad* se destinan á obras caritativas.

Cantidad prestada hasta el 31 de Mayo último: 890.396 Ptas

## «El Amigo del Pobre»

### Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)		3 » al »
80 » (40 » »)		2 » al »
40 » (20 » »)		1 » al »
20 » (10 » »)		50 al »